

LA HAMBURGUESA NIHILISTA

—Hola Lluís.

—Hola Pasqual.

—Vaya cara traes. ¿Te ocurre algo?

—Estoy decepcionado.

—Bueno, eso es normal en ti; eres un pesimista.

—Sí, soy un pesimista, pero es que no veo alternativa alguna.

—¿Alternativa a qué?

—Pues alternativa, siempre hay una alternativa.

—Explícate Lluís.

—Alternativa a la situación, o mejor a las situaciones que constantemente estamos viviendo tanto en el trabajo como en el bar de la esquina o en las propias casas. Casi todo el mundo se cree lo que se dice, de las barbaridades que se transmiten por medios de comunicación; cuanta más grande es la burrada más crédito se le da. Es increíble el grado al que se está llegando.

—Pero Lluís, ¿acaso no eres nihilista? Los nihilistas lo veis todo como lo veis, no creo que ahora descubras nada nuevo.

—Tú también eres nihilista, me lo has dicho muchas veces. Compartimos las mismas inquietudes y en cambio...

—Y en cambio a mí no me ves como te estás viendo tú, ¿no es así?

—Más o menos. Pero es que en los últimos tiempos las cosas, las cosas en general me refiero, van de mal en peor.

—Ya sabes, y no hace falta que te lo recuerde, que el humano se subió al tren de la modernidad y desde entonces no hay manera de bajarse de él. La modernidad propuso todo menos propósitos y paz, y la religión, la religión no te quiero ni contar, ocupa el

espacio geopolítico oportuno en cada momento, pero no creas que se arrumbó; es tan utilitarista como el más utilitarista de los magnates actuales.

—Sí, todo eso ya lo sé. Pero es que ya no veo valores por ninguna parte, y cuando no hay valores ya sabes lo que pasa.

—Lo sé, lo sé Lluís: autoritarismo, intolerancia, corrupción, *fakes news*...; y de ahí al engaño, la corrupción y la delincuencia que desembocará en violencia y guerras. Pero Lluís, es que eso ocurre también (me refiero a la pérdida de valores) con las izquierdas. No hay que ser un neonazi para perderlos, los valores me refiero. Unos, los extremistas de derechas, intentan ampararse, para justificar lo injustificable, en la defunción de la moralidad tradicional, como si tal moral nos enseñara algo, ¿qué quieren, volver a la Inquisición y al padrenuestro diario? Pero los otros no le van, no les vamos a la zaga ¿qué queremos cuando no creemos en nada? En el fondo, entre estos y aquellos, entre ellos y nosotros, no hay tanta diferencia porque hay un elemento común, cual es la antedicha pérdida de valores. Lo que nos diferencia, y esto creo que es fundamental, es la tolerancia; esta es la clave y sobre la que han de gravitar todos los valores. Estos, lo valores, de querer reformularlos han de tener a la tolerancia como indefectible punto de referencia.

—Ya, si todo ello lo entiendo Pasqual, pero es que hay tanto demagogo, tanto burócrata sin cuartel... Sus únicas armas son la fuerza y el fraude...

—¿Y las nuestras Lluís, de qué armas disponemos?

—De la paciencia, de la tolerancia como tú apuntabas.

—Sí, pero al final llegamos a lo mismo. Ten en cuenta que el populismo, tan arraigado en la izquierda, y que en un principio era ambicioso, sorprendente y muy atrayente, ha decaído por culpa, o por la misma culpa que achacas a la extrema derecha, esto es, por la demagogia y la burocratización de los propios valores que defendía.

—¿Y qué se puede hacer?

—¿Cómo que qué se puede hacer? Tú y yo poco o nada, máxime con la edad que tenemos. Podemos decir que hay un caos moral y que alguien debería rendir cuentas ante tanta devaluación de los valores. En el fondo se trata de una cuestión de responsabilidad social y en lo único que debemos pensar es en las generaciones futuras, aunque visto lo visto lo van a tener peor que nosotros. Tales generaciones nos pedirán cuentas si es que dichas generaciones no han perdido una mínima ética. Es una época nihilista, la que estamos

viviendo, que si me apuras diría que está apunto de tocar fondo, y lo peor vendrá después cuando ya ni el nihilismo sea una excusa para continuar.

—La verdad Pasqual, en el fondo eres más pesimista que yo.

—Si el pesimismo lo traduces en realismo, sin duda lo soy. El único consuelo que me queda, fijate bien lo que te digo, solo lo puedo encontrar en la política.

—¡Hombre, Pasqual, que ideas tienes!

—Te lo digo en serio Lluís. La política, sí, pero no tal como la conocemos. Se trataría de una política que busque y desarrolle valores. Es bien cierto que los políticos de hoy no son políticos, son escudriñadores del poder, sosegados unos, y parlanchines otros, que acogen en su dialéctica deplorable solo lo que a ellos les interesa transmitir, y quienes escuchan lo hacen con el beneplácito de sus gustos como escuchantes. El nazismo se nutrió, como bien sabes, de la propaganda que iba dirigida a quien quisiera escucharla, pero la escuchaban y asentían sobre ella casi todos. Ese efecto sobre las masas es el mismo que se produce hoy en día. Los alemanes solo disponían de los valores tradicionales, la moral tradicional que anteriormente te mencionaba, y ya ves como acabó. Luego, no es la política a la que hay que obviar, sino a los políticos y a la politización, o lo que es lo mismo, a la inculcación de una formación o conciencia política específica.

—¿Pero crees Pasqual que la política tiene algún futuro?

—La política, entiendo, es la única que puede hacer claudicar al nihilista, sea este de un extremo o de otro; en el peor de los escenarios, al menos, sí puede sentar las bases para un nuevo replanteamiento.

—Entonces, ¿qué hago con mi nihilismo, con tu nihilismo, lo someto, lo sometemos a un cierto aislamiento, a una provisionalidad o, como se dice actualmente, a *standby*?

—No creo, querido Lluís, que ello sea la solución. En tanto existan los valores que tiene la sociedad que, en realidad, no lo son, o no son tales, la politización mantendrá el componente imprescindible para aumentar su poder, y frente a ese poder poco o nada se puede hacer. Vivir como las tortugas si acaso, cuando hay peligro se esconden, pero nosotros no nos podemos esconder salvo que nos vayamos a Barataria.

—¿No hay alternativa?

—A nivel individual no lo creo. Desde un punto de vista colectivo, se tendría que hacer una descomunal pedagogía, desde la infancia, para tratar de inculcar no los valores tradicionales, por supuesto, pues se sucumbiría a las pretensiones de la extrema derecha, sino otros valores amparados por tratados internacionales y auspiciados por la tolerancia como antes te indicaba. Lo que ocurre es que estos tratados se han convertido en semánticos, instrumentos que generan, más bien, y entre no pocos, mucha desconfianza. La política, que no la politización de los políticos, debería hacer algo, pero no lo hará, no interesa, las multinacionales, los poderes ocultos de los Estados, lo impedirían. Y no esperes nada de la autoconciencia; insinúale tú a un padre de familia que en su tiempo de ocio no gaste con sus hijos dinero en comer un fin de semana en la hamburguesería de moda, que no lleve a sus hijos al fútbol, que no se hipoteque en la adquisición de un coche para darle envidia a su vecino o se vaya de crucero por el Mediterráneo y así poder hacer un corte de manga a su cuñado. No puedes impedirlo, porque los valores de tal padre, o madre, están tan diluidos que no se ve más allá de lo que la sociedad de consumo les ha venido insuflando desde..., no sé exactamente desde cuándo. Lo que sí es bien cierto es que ni la multinacional de comida rápida, ni la empresa que vende los viajes cruceristas van a consentir plegarse a un cambio de rumbo de sus políticas económicas, y los Estados tampoco.

—Pero Pasqual, existen los tratados, están las constituciones que pueden ser semánticas, no te lo niego, pero también son interpretables.

—He ahí uno de los problemas, la interpretación. Son textos, los tratados, lo suficientemente diáfanos, no necesitan de hermenéutica alguna, los textos son textos y los hechos, hechos. No se trata de entender si un delito, por ejemplo, subsume a otro en materia penal, o si un contrato debe entenderse o no vencido por el tiempo transcurrido, porque las normas que regulan estas circunstancias, en muchas ocasiones, son susceptibles de diferentes lecturas en función del lugar, del tiempo o del modo en que las mismas se aplican. No, no se trata de ello. No cabe interpretación alguna sobre lo que es o no genocidio, como tampoco la cabe sobre lo que es o no discriminación racial. Frente a la conculcación de estos derechos no es posible explicación ambivalente alguna, pero en cambio se transgreden y la sociedad, o gran parte de ella, se levanta de hombros.

—¿Y qué tiene que ver lo anterior que has expuesto, que me parece muy acertado, con el hecho de comerse una hamburguesa en el establecimiento de moda?

—Lluís, todo tiene que ver... Todo o nada, depende. Tú y yo hace algún tiempo ¿quizá hace un par de años? nos comimos un par de hamburguesas y no pasó nada, o si quieres ahora nos vamos a uno de estos establecimientos y nos envenenamos un poco. Pero ese no es el tema. La cuestión es que la familia que acude como festejo del fin de semana a

reconfortar el ánimo en un momento íntimo (que podría ser a una hamburguesería, hacer un crucero familiar o ir a un partido de fútbol), en ese momento, el padre o la madre o los dos, recibe una notificación de una de las redes sociales a las que están suscritos y en la que les dicen que el gobierno, a partir de la semana próxima, va a prohibir las comidas familiares en estas cadenas de comida, viajar en crucero o asistir a la final de un campeonato europeo de fútbol. Y lo triste, lo lamentable, es que se lo van a creer, no solo la familia en cuestión, sino también muchas otras. Bien. Pues todo ello, que podría calificarse de mera cuchufleta, trasládalo, no obstante, a cuestiones serias como que se diga que el abastecimiento de agua tiene serios problemas de salubridad, que los negros residentes en este país son los autores de las mayores depravaciones sexuales imaginables o que los procedentes del Sahel son los autores materiales de los atentados con armas blancas que se producen en la cornisa cantábrica.

—Ya, te entiendo. Entonces, ¿cómo solucionar esta situación?

—En realidad, poco se puede hacer si no se conocen las razones por las que un porcentaje elevadísimo de individuos se cree lo que se está divulgando en las redes sociales. Y este desconocimiento, consentido o no por ignorancia o por desidia, genera apatía, disgusto y desvalorización de las instituciones; es el no creerse nada de nadie e ir por libre, esto es, convertirse en un nihilista. Pero ser nihilista no es patrimonio de la izquierda como ya te he dicho y buena prueba de ello, vuelvo a citarlo, es el auge del nacionalsocialismo en el segundo tercio del siglo pasado, donde nadie apostaba por el gobierno ni por las instituciones existentes hasta que llegó un mindundi de tres al cuarto y, con la oportuna propaganda, algo comparable a lo que hoy en día existe, se hizo con el poder. Recuerda que el jefe de propaganda nazi distribuyó a casi todos los alemanes de la época aparatos de radio a muy bajo coste incluso gratuitos en muchos casos para que la población escuchara lo que les tenía que transmitir, y lo que les tenía que transmitir no te lo voy a contar pues bien lo sabes. Si a treinta millones de alemanes les regalas una radio y si tales millones están hartos de las penurias tras la primera contienda bélica, tienes, con todo ello y algo más, el caldo de cultivo para montar los episodios que dieron pie a la guerra. Ahora sustituye radios gratis por redes sociales, también gratis, con propaganda gratis y descontrolada.

—¿Y la solución es...?

—Pedagogía, espíritu crítico, análisis comparativo y contraste de los eventos que sucedan. Ahora dile a la familia que se está comiendo la hamburguesa que cuando esté plácidamente con sus hijos degustando manjar tan exquisito que haga reflexionar a sus hijos, critique con lógica la noticia, la compare y contraste con otras o acuda a distintas fuentes. ¿Qué es lo más productivo? Levantarse de hombros, creerse todo lo que se dice

y pensar que, si el gobierno les obliga a renunciar a ese momento de intimidad con sus hijos, ¿qué hace, pues reniega del gobierno y de todo lo que le circunde? Y este desencanto, este no hacer, este estado sufridor se da igual, como te decía antes, en la derecha o en la izquierda o en los extremos de ambas.

—Pasqual, aludes a pedagogía, pero ¿desde dónde, en que punto se ha de iniciar la misma?

—Entiendo, Lluís, que desde muy temprano, siempre y cuando no esté, como lo está, manipulada la educación, y esta manipulación se residencia tanto en centros religiosos, en mayor medida, como en el resto. Ten en cuenta que detrás de la educación seglar está el poder, y al poder lo que le interesa es sacar de las aulas a alumnos que no piensen o piensen poco. Claro, después de clase el alumno acude al domicilio familiar y se encuentra con lo que se encuentra: padres agotados por la jornada laboral, reunidos delante del televisor o sin ningún libro o periódico entre las manos. Para el poder, cuanta menos educación mejor. Todo ello, y cuando el niño o la niña se va haciendo mayor y acude a la universidad, lo ve todo con los ojos que le han transmitido sus progenitores en casa o los docentes en la escuela o en el instituto. ¿Qué espíritu crítico tienen? Ninguno, obviamente. Lo realmente patético es que esos mismos alumnos, cuando se gradúen, coparán, algunos de ellos, puestos de relevancia, unos pocos recalarán en la política y en ella se tropezarán con un neoliberalismo estragador el cual campa a sus anchas, elemento básico para la posterior manipulación, y juega, eufemismo por supuesto, como una gran secta, antes era la iglesia, ahora la clase dirigente, aunque también la iglesia, no cabe duda. Solo interesa el mercado. No puedes pedir que en un centro universitario los alumnos adquieran nuevos valores, valores fuertes, sustentadores de lo humano, porque nunca los han conocido en la mayoría de los casos, claro. ¿Cómo vas a pedirle a un alumno que sea empático cuando —si es que conoce el significado de esta palabra—, no lo ha sido nunca ni ha tenido constancia de ello en su casa ni entre sus amistades? Lo que le interesa a la mayor parte del alumnado universitario es la supervivencia, lo demás se la trae al paio. Creen, los jóvenes, que son libres, pero no lo son; lo que ocurre es que no se dan cuenta de que están manipulados.

—Entonces Pasqual, ¿con qué nos quedamos? Reformulo la pregunta: ¿somos nihilistas sin más o alcanzamos alguna categoría de nihilismo, si es que existen las categorías?

—No creo en las categorías ni en los conceptos. Hemos sufrido durante casi dos mil años de aquellas y de estos y ya está bien, ya está bien de tanto fingimiento. Así pues, si se quiere adjetivar el nihilismo que nosotros practicamos yo, al menos, aludiría a un nihilismo reconducible o provisional, aunque de tan provisional que, para nosotros, para nuestra generación es un nihilismo irreversible; nada podemos hacer. Nuestro mundo, el

que vivimos y en el que moriremos es irresoluble y habrán de ser las nuevas generaciones quienes pongan coto al mismo, y solo se puede poner coto mediante la creación *ex novo* de nuevos valores. Nosotros no podemos albergar esperanza alguna; otros, en otros tiempos, no lo sé.

—Muy negro lo pones todo.

—Luís, si no se tiene hambre nunca se sabrá el valor que tiene un mendrugo de pan; igualmente, para conocer de los valores que nos faltan hay que vivir el nihilismo y enfrentarse, con él, a quienes detentan posiciones superiores. Pero al nihilista se le considera un comediante y nosotros tal vez lo seamos. Me consuela pensar, no obstante, que muchos o gran parte de los que dicen renegar de la política o de la economía, por ejemplo, se presentan paradójicamente como auténticos salvadores de lo imposible, pero son, a la sazón, los verdaderos títeres del gran teatro del mundo.

—A la vista de ello, ¿qué te parece Pasqual si nos vamos a comer una hamburguesa nihilista?

—Vayamos, pago yo.

Anotaciones bibliográficas para no iniciados

—BROWN, W. *Tiempos nihilistas*. Lengua de trapo. Madrid, 2023.

—NIETZSCHE, F. *El nihilismo: Escritos póstumos*. En [https://www.insumisos.com/M4T3R14L/BD/Nietzsche-Friedrich/EI%20Nihilismo%20\(Escritos%20postumos\).PDF](https://www.insumisos.com/M4T3R14L/BD/Nietzsche-Friedrich/EI%20Nihilismo%20(Escritos%20postumos).PDF)

—NIETZSCHE, F. *Fragmentos póstumos (1885-1889). Volumen IV*. Obra dirigida por Diego Sánchez Meca. Tecnos. Madrid, 2008.

—TURGUIÉNIEV, I. *Padre e hijos*. Austral. Madrid 1990.

—WEBER, M. *La ciencia como comprensión. La política como profesión*. Austral. Madrid, 2001.